

La epopeya de la clausura

Un Sócrates suizo

Christopher Domínguez Michael

La idea escandalosa de que los críticos literarios podemos llegar a escribir ensayos equiparables a las grandes obras poéticas y novelísticas que estamos condenados a comentar desde una admiración asociada a la impotencia se origina en las obras de Marcel Raymond (1897-1981) y Albert Béguin (1901-1957). Este par de críticos suizos, uno de Ginebra y otro del Jura, creían que así como “el poeta se *adhiera* al mundo que expresa, el crítico, por la operación de su propio lenguaje, participa de la poesía que critica”. Lo dijo esto último Georges Poulet (1902-1991). Raymond, Béguin y Poulet, los principales miembros de la Escuela de Ginebra, son algo así como un Sócrates, un Platón y un Aristóteles en el corazón de la crítica literaria.

Esa participación del crítico de la poesía que critica no sólo era una jactancia envidiosa o una buena intención humanista o un deber ser proyectado desde la teoría, sino el resultado del genio crítico propio de Raymond (en *De Baudelaire al surrealismo*, 1933) y Béguin (en *El alma romántica y el sueño*, 1937). Escritas de manera independiente pero en el mismo ánimo, obras simétricas y paralelas de un maestro y de su discípulo, cumbres de la crítica bien conocidas en español (gracias al FCE, por cierto) desde hace 50 años, hacen posible que la crítica y la creación aparezcan engañosamente como una totalidad armoniosa, una correspondencia perfecta. Ellos mismos se pusieron como ejemplo de lo que proponían: la crítica como la más bella de las artes y como una rama frondosa de la literatura misma.

Leí *Le sel et la cendre* (1970), el hermoso ensayo autobiográfico de Raymond, porque lo recomienda René Wellek y buscando acercarme al misterio que rodea al autor de *De Baudelaire al surrealismo*, quien ape-



nas publicó unos pocos libros más, sobre Ronsard, sobre Valéry, ensayos sobre el genio francés cuya luz, poderosa pero tamizada por la distancia precisa, iluminó al crítico.

Presenta *Le sel et la cendre* a un hombre de lecturas, de escasa vida pública, hijo de un pastor protestante que nunca se sintió atraído por el catolicismo —a diferencia del converso Béguin— y sí por el ateísmo, al cual, pensaba, nadie puede convertirse. Hizo estudios Raymond en Leipzig y en 1936 sustituyó a Albert Thibaudet como catedrático en Ginebra. Pese a haber sido parte de “la leyenda dorada”, como la llamaba él, de la *NRF* en los tiempos de Jacques Rivière como joven reseñista y testigo del nacimiento de la revista *Esprit*, católica y anticonformista, Raymond suele escaparse de los índices de las historias intelectuales del siglo.

Raymond desdeñó como pornográfico el ofrecimiento que en 1940 le hizo, a Fran-



cia, el mariscal Pétain, de ofrecerse antes como prostituta que como redentora. Antes de la guerra había pensado que la virtud estaba en negarse a hacer el servicio militar en tiempos de paz y si estallaba, obligarse a ir a la guerra. Pensaba Raymond que la duración histórica está llena de momentos nulos y que era probable que su vida habitase en ese intersticio. Es bastante oriental Raymond en la calidad metafísica de su modestia. Estando muy enfermo, sus discípulos, con Poulet a la cabeza, decidieron organizar un coloquio de despedida en el pueblo donde Raymond moriría retirado. Le acercaron el fuego al viejo.

La principal característica intelectual que Raymond, en *Le sel et la cendre*, destaca de sí mismo es la “bipolaridad”. Por ella entendía la disposición a sentirse tentado por fuerzas poderosas y contrarias. Dos cosas distintas y antagónicas no son necesari-

riamente enemigas: así Raymond se formó en la encrucijada ofrecida por Gide y por Claudel. Más tarde, se dejó influenciar por la Acción Francesa e inmediatamente después por el surrealismo. Esta tensión, concluyo, le fue muy útil para retirarse del campo de batalla y ofrecer una visión panorámica. Y para ello no esperó medio siglo: *De Baudelaire al surrealismo* aparece nueve años después del primer manifiesto del surrealismo (1924), en un momento que todavía mucha gente pensaba que éste no era, siquiera, literatura. Nadie ha capturado un período entero como Raymond, haciendo contemporánea a la historia literaria. Su decisión de escribir ese tratado, dice en *Le sel et la cendre*, se debió no a una decisión madurada por el ratón en la biblioteca, sino a los efectos inmediatos de una inspiración brusca. Quería conocer, en *De Baudelaire al surrealismo*, a la poesía y no a los poetas, a los poetas antes que a los hombres.

En el éxito del proyecto de Raymond y de Béguin en mucho tuvo que ver el que no fueran ni parisinos ni franceses, sino suizos, habitantes de uno de los extremos de su lengua. Estaban a la distancia perfecta para no ser provincianos: no importan París y sus capillas, sino que resuene el eco en la montaña. Raymond “soñaba a la suiza” y creía, jurando por Jean-Jacques, en *Las ensoñaciones del paseante solitario* como en una cartilla moral y en una oración dominical. No se vive sino se revive, decía Raymond, y devoto de la ensoñación en la soledad de la naturaleza, vagando por los senderos, encontraba la compensación que ofrece esa forma de no hacer nada.

Raymond fue un místico. No estaba infatuado por la conversión (el cargo es viejo: es de Gide contra sus amigos neocatólicos). Para Raymond, la poesía es una forma de conocimiento cuya finalidad no puede ser sino sobrenatural. Se permitió, deprimido

por la muerte de su esposa, creer que la poesía lo reuniría con ella, en el más allá. A Raymond —es a Poulet a quien parafraseo— le habría sido más satisfactorio el silencio, siendo el eslabón que une a Mallarmé, el órfico, con Blanchot. Le parecía ostentoso discutir lo teórico en demasía pues le incomodaba decir y no decir: creía en el *cogito*. Le eran ajenos los críticos de palabra fácil, como Sainte-Beuve y Thibaudet. Asumía la unidad primordial de las cosas. Por eso, una crítica como la suya está predestinada a ser creación, ofrenda de reconciliación. Poulet, en *La conciencia crítica* (1971), lo pinta como el primero de los críticos que se niega a ser el abogado del racionalismo y un autor cuya lectura provoca que lo que más se parezca a un manual de devoción espiritual al estilo del siglo XVI sea un ensayo crítico del siglo XX. Es cierto: *Le sel et la cendre*, como todo lo escrito por Marcel Raymond, es subjetivo sin recurrir nunca al yo. **u**

Georges Poulet

La conscience critique



José Corti

MARCEL RAYMOND

DE BAUDELAIRE AU SURREALISME

ÉDITION NOUVELLE REVUE ET REMANIÉE



LIBRAIRIE JOSÉ CORTI